



Parsifal en el Colón, 1969 (acto 1°): Todavía faltaban como tres horas más.

“Debería haberse respetado la voluntad del maestro”, rezongó la dama de los chapines de raso, a las 23.30 del viernes de la semana pasada, mientras en unión de otros elegantes trataba de remozar su apostura, ajada por las tres horas de extensión de la primera parte de *Parsifal*. Las fatigas se desgranaban en la confitería del Colón, que pocas veces debe de haberse visto más concurrida (durante la función). Es que Richard Wagner sostuvo que ésa, su última obra, “deberá representarse en lo sucesivo únicamente en Bayreuth y no habrá de ser representada y ofrecida en calidad de diversión al público de los otros teatros del mundo”. Pese a estos razonables escrúpulos, el “festival sagrado” volvió a instalarse en el recinto de Plaza Lavalle por cuadragésima octava vez desde su presentación allí, en 1914. Pero ya un año antes los porteños habían conocido esas liturgias en el viejo Coliseo, desde cuyo techo, casualmente, en 1920, cuatro radionautas lanzaron al espacio la primera transmisión de un espectáculo lírico que se hizo en el mundo, con ese mismo *Parsifal*.

Este hito en la historia de la radio-telefonía lo erigieron Enrique Telémaco Sussini, Miguel Mujica, César José Pepe Guerrico y Luis F. Romero Carranza, “los locos de la azotea”, como se los denominó entonces por iniciar sus transmisiones desde ese lugar con un aparatito de dos lámparas y cinco vatios. Una vez más, el azar sustentaba la cábala: la decimotercera ópera de Richard Wagner



el otoño del patriarca

(nombre y apellido que acumulan 13 letras), músico alemán que nació en 1813 y murió un 13 de febrero, fue firmada por su autor el 13 de enero de 1882, su estreno americano se produjo en 1903 —que suma 13— y su lanzamiento mundial, postergado por la terminante cláusula del compositor, se produjo a los 30 años de su presentación en los festivales bávaros, en 1913. El 31 de diciembre de ese año, *Parsifal* ancló en el Liceo de Barcelona, en memorable representación que comenzó a las 10.30 de la noche y terminó a las 5 de la mañana del día siguiente.

El Colón no propició esta vez tales desbordes, pero no pudo evitar la fatiga de las 592 páginas de la partitura, repartidas en tres demoleedores actos. El público, precavido, tomó sus

recaudos: se quedó en casa y llenó la sala de ostentosos huecos. Toda una felicidad para quienes concurrían de pie y lamentaban no haberlo hecho en pantuflas. Ya en la tercera jornada, y antes de que Wagner volviera a atacarlos con los mismos temas de la primera y la segunda, sin alterar siquiera, inmisericorde, la dinámica de su pomposa orquesta, no pocos iniciaron la retirada; y el precio de las localidades alejó evidentemente a los fieles wagnerianos, si es que quedan algunos y carecen de recursos.

Porque ni la intervención de Régine Crespin en el conflictivo papel de Kundry (una magnífica composición dramática, que sostiene el prestigio de la soprano francesa), ni la dúctil conducción de Erich Leinsdorf (a quien se agradecen ciertas agilidadades en los *tempi*), valieron de mucho para otorgar éxito a esta empresa del Colón. Tampoco los esplendores vocales y escénicos del barítono Theo Adam, un Anfortas doliente y digno, ni el ajuste de los coros y la excelente intervención de los niños, guiados por Waldo Sciammarella, alcanzaron a rescatar esa perpetua penumbra en la que se complace el régisseur Ernst Poettgen, un habilidoso arquitecto de la acción pero empeñado en suponer que el público argentino goza de vista de águila.

Parsifal pasó así por un Buenos Aires menos convencional que antaño y, por lo tanto, más indiferente a estas acalambadas letanías wagnerianas, cada día más alicaídas. ●